

RELACION NUEVA Y BURLESCA,

SU TITULO,

EL LIBRO DE LOS CASADOS.

Gracias á Dios que llegué
á dar fin á mi jornada.
¡Qué estropeado vengo!
¡Qué molido, y qué sin ganas
ni aun siquiera de mirarme!
Pero á Dios le doy las gracias
de verme ya regresado
y descansando en mi casa.
Ustedes no habrán sabido
como un domingo de Pascua
salí con sola intencion
de introducirme en Granada,
porque me dieron noticia
que en el fuerte de la Alhambra
habia un establecimiento,
donde con grande eficacia
instruyen á todo hombre
en la debida observancia
que ha de guardar justamente
desde el dia en que se casa,
y allí dan las medicinas
que conviene á cada llaga.
¡Qué escuela, señor, qué escuela,
qué escuela tan bien montada!
Pues señor, aunque cansado
de tan dura caminata,
voy á contarles ustedes,
sin faltar á una palabra
todo cuanto he aprendido
en esta escuela tan santa.
Llegué al edificio dicho,
pregunté y subí á la sala,

donde habia concurrencia
de mozos de toda España,
sentados por ambos lados
en unos bancos ó bancas,
que llaman de la paciencia
y todos juntos miraban,
y con ellos el maestro,
á un esquilon ó campana
que llaman el porvenir;
y en seguida se agarraban
á estudiar en unos libros
que llaman de la cachaza:
yo estuve tras un cancél
que habia en aquella entrada
observando atentamente
para no caer en falta
cuando discípulo fuese
de estas escuelas sagradas:
el maestro estaba al frente
sentado en silla de plata,
con un gorro blanco y negro
y unas dilatadas gafas,
que tendria cada una
de diámetro una cuarta;
toqué á la puerta y responden,
pido permiso y me mandan
que pase sin detenerme,
lo que hice sin tardanza:
me llego al señor maestro
y le espuse mi embajada,
me mandó al punto sentar
en unas de aquellas bancas
que tenia junto á sí,
y me dice estas palabras:
¿con que usted viene sin duda
á estudiar en estas aulas?
Sí, señor, le respondí,
con mi cabeza agachada:
yo pienso casarme pronto,
y quiero, si á usted le agrada;
tomar algunas lecciones
de su discreta enseñanza,
por ver si puedo triunfar
del estado que me aguarda.
El respetable señor
de su asiento se levanta,
y de un grande escaparate
un libro pequeño saca,
y entregándomelo, dice:
esta es primera enseñanza,
aquí deberá estudiar
por noche, tarde y mañana,
hasta aprender de memoria
sin equivocarse en nada
cuanto encierra ese volúmen;
y las lecciones marcadas,
que son de sesenta líneas,
despues de bien repasadas,
las dará usted dos al dia;
y luego que sea pasada
esta obrita, tomará
otra de otras circunstancias:
quedé alegre con mi libro,
y luego que fué llegada
la hora de marchar todos,
marcho para mi posada
deseando principiar
la lectura consignada.
Ultimamente, señores,
me siento al pié de mi cama
á estudiar en la leccion;
y tanto en ella me cebaba,
que leí en poco tiempo
este libro que constaba
de cinco capítulos solos,
los que en muy brebes palabras
referiré, porque sepan
á lo que el estudio alcanza.

CAPITULO PRIMERO.

El hombre que por desgracia
casa con mujer que tenga
los cascos de calabaza,
debe aconsejarla bien;
pero si aquesto no basta,
debe celar su conducta
sin que se olvide la vara,
y esta que sea de mimbre,
y mejor si es bien delgada;
póngala en chupa de pelo
y déla solo en las nalgas,
de suerte que aunque dé cuenta
que su marido la mata,
no pueda enseñar heridas;
y si por adelantada
se arroja á enseñar el culo,

está la respuesta dada;
cuando ante la autoridad
ha sido desvergonzada,
hagámonos cargo á solas
que tal andará la tana:
y de esta suerte se queda
con afrenta y castigada;
y si por no sucumbir
se divorcia, santas pascuas,
queda el hombre descansando
como perro que lo capan.

CAPITULO II.

Si la mujer es bonita
y sumamente agraciada,
debe olvidar los amigos
y las tertulias en casa,
salir poco y esto de noche,
con el hombre en su compaña;
no debe ir con su madre,
porque como ya se alla
cubierta con su marido,
lo dará muy poco ó nada
que su hija tenga cortejos,
y mas si por esta causa
sobreviene á su bolsa
las pesetas mejicanas,
y si por desgracia llega
á caer en dicha trampa
si ha de hacer vida con ella,
debe con mucha soflama
disponer una bebida,
cuya receta se halla
en este libro que dije,
la que os diré sin tardanza:
en un vaso de cuartillo
se echa una onza de templanza,
media de resignacion
y dos ó tres cucharadas
del agua de vista gorda,
y de paciencia una taza,
seis cuartos de disimulo,
y despues de meneada
se toma con dos deditos,
porque con los cinco amarga;
y de esta suerte se vive
y engorda mucho la panza,

se hace una silla poltrona
con tranquilidad clavada,
se pone cerca del fuego,
se come, bebe y se calla.

CAPITULO III.

Os diré de lo que habla;
si la mujer fuere rica
y gasta mucha arrogancia,
se sufre con la paciencia
que en la receta hay mandada:
y si el hombre fuese pobre,
debe tenerla en las palmas:
en tiempo de mucho frio
decirla por las mañanas,
no te levantes, mujer,
que se hielan las palabras:
yo llamaré á una mujer
que te friegue y que te barra,
que te haga chocolate
y lo tomas en la cama:
¿no será un gran disparate
[illegible]
cojer una ulmonia,
y morir en dos palabras?
¡qué seria entonces de mí!
¡ay Dios mio, qué desgracia,
e me figura verdad:
aya, qué no te levantas:
y con estas y otras cosas
estarle haciendo la gacha;
este es el modo eficaz
para caer en su gracia,
y pasarse en este mundo
una vida regalada:
yi á mas de rica es vieja,
c mas motivo adularla,
q con un viejo esquilon
saace una nueva campana,
ssisfruta en vida y muerte,
yespues que esta se vaya,
qla para hacer feliz
aa bonita muchacha:
to el capítulo dice
n parece que no es chanza.
P s señor, vamos al cuarto,
y o al cuarto de la casa,

CAPITULO IV.

Este á todo hombre manda
que si viudo llega á ser
y en una edad avanzada,
de media edad adelante,
y precisado se halla
á casarse de segundas,
no se case con muchacha,
porque le serán estrechas
las puertas y las ventanas:
ahora, si es hombre de humor,
á la receta se agarra,
y que digan ó no digan,
nunca hacer caso de nada:
hacerle una fiestecita
una vez en la semana,
y amarrarla á una soga;
y esta que sea bien larga,
y dejarla que dé vueltas
tantas como una campana:
se consigue una vejez
mas suave que unas natas.
y si no, que se haga rosca
y se muerda las cascarrias.
Este capítulo, amigos,
es el que á mí mas me agrada
porque bien reflexionado,
tenemos por cosa clara
que aquel que anda tropieza;
pues si tropieza, que caiga,
que yo no meneo un pié
porque no me dá la gana.
Cuando la calor apriete,
unos refrescos de orchata:
el hombre que se ve libre,
el jornal que gana gasta
en vestir bien y comer
y requebrar á las damas;
y si se ofrece un remiendo,
ó lavarse las zurrapas,
ó limpiarse los faldones,
¿quién teme, mientras que haya
mujeres de otro, y dinero,
que es el que todo lo allana?
y si fuere militar,
porque la edad acompaña,
el tiempo de su empeño
endo lo que le mandan;
vale servir diez años
rigorosa campaña,
esponerse á malos ratos,
las bombas y á las balas,
ervir desde el general
asta al cabo de la escuadra,
ue sufrir á una mujer
achillera y desollada.
prended todos el libro
ue he traido de Granada;
no quereis aprenderle,
caeis en la desgracia
de que una tuna os agarre,
pasareis la vida amarga,
llegareis á coronel
sin haber sentado plaza:
con que haced lo que os agrade
que me marcho á mi casa,
y perdónenme si quieren,
y si no, no me dá nada.

CAPITULO V.

El quinto y último dice
las verdades asentadas:
para verse el hombre libre
de estas cargas tan pesadas,
es no casarse en la vida
opinion bien acertada;
se ahorra que la mujer
le acuchille la garganta,
ni que el chiquillo le llore;
ni que le cague la cama,
ni el cuidado le desvele,
ni le pidan lo que gana,
ni le echen contribucion,
ni aguante estas cabronadas,
ni castigue á la mujer,
ni ella se incomode en nada,
ni le haga comer velillas,
ni tenga una mala cara:
la que quiera tomar leche
puede comprar una cabra,

CARMONA:—Imprenta librería de D. José M. Moreno.